Núm. 1.

DRAMA NUEVO

EN TRES ACTOS:

LAS MINAS DE POLONIA.

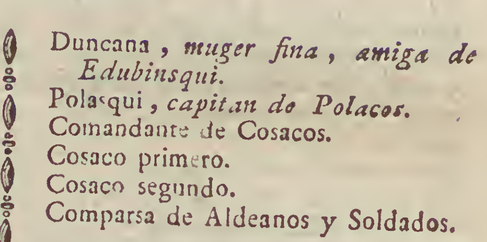
TRADUCIDO

POR D. MARIA DE GASCA Y MEDRANO.

PERSONAS.

Edubinsqui, *Palatino de Never.*
Zamosqui, *Palatino de Sandomír.*
Floresca, *Esposa de Edubinsqui.*
Angela, *su hija, de edad de doce años.*
Ragotz, *comandante de Cosacos.*
Pedro, *hombre de mediana edad: Guia de caminos.*

Duncana, *muger fina, amiga de Edubinsqui.*
Polasqui, *capitan de Polacos.*
Comandante de Cosacos.
Cosaco primero.
Cosaco segundo.
Comparsa de Aldeanos y Soldados.



La Escena es en el Castillo de Minski, á lo último del Palatinado de Sandomir.

ACTO I.

Salon Gótico, con puerta en el fondo: á la derecha una Otomana, ó un Sofá; á la izquierda mesa y sillas. Aparecen Zamosqui, Ragotz y Cosacos.

Zam. En fin, estás ya de vuelta?
Rag. Y cumplidos tus preceptos.
Zam. Traedme al punto à Duncana.
Vanse los Cosacos.
Rag. A este retiro le tengo,
señor, por impenetrable;
porque, si bien lo contemplo,
¿quién se podrá figurar
que en un horrible desierto
en el castillo de Minski,
que está situado en el centro
de los montes de Krapac,
sufra duro cautiverio
Floresca, que es de Polonia
el mas precioso ornamento?
Zam. Quién preguntas? mi ribal
su esposo, à quien aborrezco.
Rag. El Palatino de Never?
Zam. El mismo: ¿de mi secreto
à pesar no descubrió
(bien que ignoro por qué medio)
que ella estaba en Sandomír?
¿no hizo cuantos esfuerzos
puede el amor conseguir
à un enamorado pecho
para robarme un tesoro
tan apreciable? ¿por eso
no la he mandado traer
à este sitio, donde intento
que solamente la vean
las personas en que tengo
absoluta confianza?......

mas qué me sirve todo esto?
¿de qué me sirve triunfar
de mi rival si no puedo
el corazon de Floresca
reducir à mis afectos?
madre amante y fiel esposa;
en Edubinsqui y el tierno
fruto de su union dichosa
concentra sus sentimientos,
toda entregada à la pena
y la amargura de haberlos
perdido por mi violencia:
con el aborrecimiento
mayor me mira..... ¡ay, Ragotz!
naturaleza, à quien debo
un impetuoso carácter
y una alma ardiente, me ha hecho
capaz de grandes acciones,
pero de iguales excesos:
correspondido mi amor
de aquella à quien la profeso,
mi alma hubiera exaltado
ennobleciendo mi pecho
é inflamando mi valor
para gloriosos empeños;
mas la pasion de Floresca
por su esposo, y el desprecio
con que me trata, obscurecen
la luz de mi entendimiento,
y de puro enamorado
voy rayando en el exceso
de cruel...... ¡no hay situacion,
no hay estado mas funesto
que el de un corazon que ama
desesperando el remedio!
Sale Dunc. Llamada por vos, señor,
vuestras órdenes espero.
Zam. Como tengo una absoluta
confianza en tí, pretendo
que custodies un tesoro,
que mas que mi vida aprecio,
y es una muger.
Dunc. Su nombre?
Zam. Floresca.
Dunc. Valgame el cielo! *ap.*
¿Floresca á quien corresponde
por legítimo derecho
de Culmá el Palatinado?
Zam. La misma.
Dunc. Ya lo comprehendo.
Zam. Prendado de su hermosura,
y siendo, como soy, dueño
del rico Palatinado
de Sandomír, no creyendo
para enlazarme con ella
encontrar impedimento,
pedí su mano á su padre,
él accedió mis deseos;
pero en vano, pues ya entonces
Floresca amaba en secreto
al Palatino de Never,
Edubinsqui, cuyos riesgos
y valimiento en la corte
unidos á los extremos
con que Floresca à su padre
anciano, débil y enfermo
sedujo, fueron la causa
de que el bien que yo apetezco
poseyese mi rival:
yo entregado à mi despecho
me retiré à mis estados
para tratar de los medios
de vengarme: en ocho años
no pude lograr mi intento;
pero al fin, en una fiesta
fui rapto del embeleso
que aprisiona mis sentidos:
en el castillo soberbio
de Sandomír la oculté
mas de un año, en cuyo tiempo
ni finezas, ni regalos,
ni amenazas parte fueron
para vencer su esquivez:
acudí al violento medio
de apartarla de su hija,
y solo logré con esto
añadir nuevos motivos
para su aborrecimiento.
Trató su esposo Edubinsqui
con sus parciales y deudos
de recobrar à Floresca.
Mis estados invadieron;
pero yo opuesto à su furia,
y agitado de mis zelos
amante y aborrecido,
si encontré enemiga á Venus,

à Marte hallé favorable;
y entre otros, en un reencuentro
à mi rival venturoso
conseguí hacer prisionero.
Arbitro de mi fortuna
y su vida fui, y queriendo
ver si rendia à Floresca
con generosos extremos,
à su esposo concedí
libertad y estado à un tiempo:
nada adelanté con ella,
y él acudió à cuantos medios
é invenciones cautelosas
caben en humano ingenio
para recobrar su esposa;
pero no pudo obtenerlo,
pues siempre mi vigilancia
desvaneció sus intentos;
pero para precaverme
mucho mas, à este desierto
sitio he dispuesto traerla
y he ofrecido mil premios
à cualquiera que à su esposo
me trajere vivo ó muerto.
Dunc. Infeliz! *ap.*
Zam. Me ha parecido,
Duncana, hacerte todo esto
presente para que entiendas
la importancia del secreto,
y la gran fidelidad
à que te obliga el exceso
de mi confianza.
Dunc. En varias
ocasiones os he hecho
conocer mi lealtad.
Zam. Su continuacion espero.
Ragotz, de tu diligencia
he quedado satisfecho:
en esta corta fineza *le dá una sortija.*
preliminar de los premios
que te esperan; de las puertas
del castillo te encomiendo
la vigilancia: à ninguno
admitas, sin que primero
lo mande yo. Escucha aparte:
te encargo que estés atento *bajo.*
à cuanto hiciere Duncana,
y si algo observas opuesto
à los intereses mios,
me darás aviso luego.
Rag. Descansad en mi obediencia.
Zam. Duncana, à tu cargo dejo
el disponer mi Cautiva
à recibir mis obsequios
sin repugnancia: procura
dulcificar su severo
desden: en fin, muger eres,
y te constan mis deseos;
si tú los consigues, cuenta
los tuyos por satisfechos;
pero advierte que Ragotz *en voz baja.*
es arrojado, avariento
y astuto; yo por ahora
lo necesito, mas quiero
que sus palabras y acciones
observes, por si en su pecho
alguna intencion siniestra
encubre.
Dunc. Estad sin recelo,
que yo sabré penetrar
sus mas íntimos secretos.
Zam. Asi uno à otro se observan, *ap.*
y yo vivo con sosiego.
Rag. Lisongeando à Zamosqui *ap.*
dominaré sus afectos,
y acabará de Duncana
muy prontamente el imperio.
Dunc. Malvado, pues siempre has sido *ap.*
á mis ideas opuesto,
ahora de mi venganza
conocerás los efectos.

Salen algunos Cosacos que conducen desmayada á Floresca, la ponen en el Sofá, y se van.

Zam. Ponedla allí, y despejad.
Dunc. Aun de su desmayo en medio
está hermosa: socorrerla
es forzoso.
Rag. Yo no encuentro
necesidad semejante:
este desmayo es efecto
de un largo y penoso viage,
y se pasará muy presto.
Flor. Bárbaro Zamosqui!.... esposo!
Zam. Ya vá cobrando su acuerdo.
Yo me retiro. Vosotros

dirigid vuestros esfuerzos
à mitigar su dolor;
y sabed que estoy resuelto
à entregarla su hija amada,
por si de este modo puedo
templar de sus esquiveces
los rigores; y supuesto
que sabeis mi voluntad,
procurad su cumplimiento
con la mayor sumision;
y no querais exponeros
à saber como castigo
ya que sabeis cómo premio. *vase.*

Flor. Àngela... mi amada hija...
y me la arrebatan!... cielos!
à dónde me conducis?

Se levanta y corre el teatro desatentadamente.

no, no, dejadme: yo quiero..
quién sois vos?... pero qué miro?

De repente se encara con Duncana y Ragotz.

Te reconozco: estoy viendo
en tí al que me ha conducido
à este sitio; oh Dios inmenso!
que nunca me vea libre!
¡que siempre en el cautiverio
de mi vil perseguidor
he de arrastrar unos hierros,
que aunque fuesen merecidos
nunca fueran tan funestos!

Cubriéndose el rostro con las manos, se deja caer sobre el Sofá.

Dunc. Desventurada! *enternecida.*

Quiere acercarse; pero temiendo á Ragotz, se detiene.

Rag. Duncana *ap.*
se enternece, segun creo:
con el mayor disimulo
sondearé sus pensamientos.
Por cierto que esta muger
interesa.

Dunc. Ya te entiendo, *ap.*
mas no me descubrirás,
por mas que intentes hacerlo.

Rag. ¿Qué os parece à vos, Duncana,
de esa señora? en efecto
no es bastante desdichada?

Dunc. Y à mí qué me importa eso?

Rag. ¡Verse apartada de cuantos
pudieran darla consuelo!

Dunc. Tanto peor para ella.

Rag. ¡Estar sujeta al imperio
de un hombre, à quien aborrece

Dunc. No durará mucho tiempo.

Rag. De veras?

Dunc. Así lo juzgo.

Rag. Pues yo lo contrario creo.

Dunc. Muy bien puede suceder.

Rag. En verdad me compadezco
de esta muger.

Dunc. Pues yo no.

Rag. Pues qué ¿tendriais tan fiero
corazon, que no quisieseis
aliviar sus sentimientos?

Dunc. Qué he de hacer?

Rag. Sois muy severa.

Dunc. Lo seré porque no entiendo
sino de cumplir con ciega
obediencia los preceptos
de mi señor.

Rag. O me engaño
demasiado, ó soy muy necio,
ó esta muger me supera
en lo cautelosa; pero
muy fina tiene de ser
si su intencion no penetro.

Durante este aparte Duncana mira con interés á Floresca. *á ella.*

Flor. Cualquiera que vos seais,
pues en vuestros ojos veo
pintada la compasion....

Dunc. Mucho os engañais por cierto:
yo solo hago mi deber,
y por nadie me intereso.

Rag. ¿Y por qué hemos de exceder
á Duncana con falsedad.
las órdenes que tenemos
la intencion del Palatino
es que todos los deseos
de esta señora se cumplan;
y así mandad, que al momento
vereis como Ragotz deja
vuestros gustos satisfechos.

Flor. Perdonad, noble Ragotz,
si, equivocado el concepto,

de vos pude formar juicio
à la razon tan opuesto:
no tiene voluntad propia
el que reconoce dueño,
y si me habeis conducido
à este sitio, pensar debo
que vuestra obediencia solo
es interesada en ello;
pues la menor repugnancia
os pusiera à mayor riesgo;
pero ya que de mi estado
tan compadecido os veo,
y en vos encuentro tan nobles
corteses ofrecimientos,
agradezco á mi destino
haber hallado en el centro
del crímen y del horror
una alma tierna, que viendo
las penas que me rodean,
y los males que tolero,
ya que no pueda aliviarlos,
se digne compadecerlos.

Rag. Si gano su confianza *ap.*
es conseguido mi intento.

Dunc. Sabed que ese hombre es malvado.
aparte y con viveza.

Floresca se vuelve á mirar á Duncana, y ésta la hace con mucha prontitud una señal de inteligencia, de modo que no la vea Ragotz, el cual dichas sus últimas palabras procura observar á Duncana, la que vuelve à tomar ayre severo; Floresca los mira como sorprehendida. Esto debe hacerse con mucha viveza.

Rag. ¿No me direis en qué puedo
con mucha suaviadd.
serviros? *Dunc.* La hija.
con mucha prontitud y disimulo.

Flor. Ragotz,
si el interés que os merezco,
es tan desinteresado
como imagino, yo os ruego
me digais si Angela mi hija
existe, si á este desierto
lugar tambien la han traido,
y si podré en algun tiempo...

Rag. Cuándo quereis verla?

Flor. Cuándo? al instante, en el momento:
cuanto tardo en abrazarla
me lo reprehende el afecto
maternal. *Dunc.* Yo iré por ella.

Rag. No, Duncana, deteneos,
y no me quiteis el gusto
de hacer este corto obsequío
á esta dama. *vase.*

Dunc. Vete infame,
que eso es lo que yo apetezco.

Flor. Pues hemos quedado solas,
el que me expliqueis espero
la misteriosa conducta
que en vos estoy conociendo.

Dunc. Escuchad: vuestra prision
es el castillo soberbio
de Minski, que de Krapac
entre los montes excelsos
está situado. Ragotz
y yo el encargo tenemos
de observar vuestras acciones:
él complaciente y atento
se muestra por penetrar
vuestras ideas; yo os muestro
mucha esquivez y aspereza;
mas vivid en el concepto
de que él complaciente os vende,
y yo esquiva os favorezco.

Flor. Si en nada os he obligado
de qué nace el favor vuestro?

Dunc. De vuestras adversidades
y mi reconocimiento.

Flor. En qué estriba?

Dunc. En que salvó
el honor y vida á un tiempo
vuestro generoso padre
al mio, que en sus postreros
instantes á su familia
la recibió juramento
de que siempre por la vuestra
se expondria á cualquier riesgo;
y así procuro cumplir
con tan religioso empeño.

Flor. O corazon generoso!

Dunc. Consolaos, que os prometo
perder la vida, ó sacaros
de este castillo, y poneros

en brazos de vuestro esposo.
Flor. Si mi gratitud...
Dunc. Silencio,
que alguien llega: el disimulo
sobre todo os encomiendo.

Vuelve al semblante severo: y salen Ragotz y Angela.

Flor. Hija de mi corazon! *abrazándola.*
¿es posible que te estrecho
en mis amorosos brazos?
Ang. Mamá, ¿por qué en tanto tiempo
no me has visto? pues que ¿ya
no me quieres? *Flor.* Embeleso
de mi vida, ¿yo podría
dejar de amarte un momento?
ah! no puedes comprehender
los rigorosos tormentos
que nuestra separacion
me ha causado!
Ang. ¿Y cómo es esto
de no hallarse aqui contigo
mi padre?
Flor. Sagrados cielos! *llora.*
Ang. Lloras? sin duda me han dicho
la verdad.
Flor. Quién? *Ang.* Los perversos
que me han tenido encerrada;
pues todos los dias, luego
que despertaba, pedia
me llevasen á mi tierno
y buen amigo; y entonces
unas voces como truenos,
que toda me estremecian,
decian: tu padre ha muerto:
y mi madre?... nunca á verla
volverás: al oir esto,
lloraba á todo llorar,
y me reprehendian ellos,
como si un hijo pudiera
olvidar sus padres tiernos.
Flor. O cuánto me lisongean *abrazándola.*
tus amantes sentimientos!
Ang. Pues una vez que me hallo
á tu lado, jamás vuelvo
á dejarte: no es verdad?
defiéndeme de esos fieros
hombres, aunque en separarme
de tí se empeñen de nuevo.
Atiende, tú, que pareces *á Ragotz.*
el principal: yo te ruego
que con mi madre me dejes,
verás que te lo agradezco,
y que te doy mil abrazos
con todo que eres tan feo.
Dunc. Qué preciosa criatura! *ap.*
Rag. Pues yo, Angelita, te ofrezco
dejarte con tu mamá.
Ang. Muy bien sabrás que es horrendo
delito el mentir.
Rag. Lo sé. *Música.*
Ang. Ola! suenan instrumentos:
no oyes, querida mamá?
dime tú sabes que es esto? *á Ragotz.*
Rag. Varias gentes que por órden
del Palatino mi dueño,
procuran con la armonía
divertir los pensamientos
de tu mamá. *Flor.* Pues decidle
que no se canse en mi obsequio
porque nada habrá que pueda
disminuir el despecho
y horror que me inspira sola
la idea de que el adverso
destino á vivir me obligue
donde vive hombre tan lleno
de iniquidad y tan digno
de todo mi menosprecio.
Dunc. Por Dios que disimuleis. *bajo.*
Ang. Haz que vengan aquí dentro
los músicos, mamá mia:
mira, yo este dia quiero
celebrar como una fiesta,
pues de verte el gusto tengo.
Flor. Y yo el de cumplir el tuyo:
lleguen.
Ang. Entrad al momento.

Traen algunos Soldados una mesa ricamente cubierta. Ragotz y Duncano hacen señas á Floresca convidándola á que tome algun alimento, y ella se niega. Angela se acerca á la mesa, toma algunos regalos, y come; al mismo tiempo salta y brinca, y luego toma un plato, y le ofrece á su madre diciendo;

No quieres? pues haces mal;
porque es muy rico; estoy viendo
que los Aldeanos reparan
en mí mucho; yo recelo
que tienen hambre; los pobres
querrán comer de lo mesmo
que yo como, y querrán bien.

Toma algunos platos con dulces ó cosas semejantes, los ofrece à los Aldeanos, ellos manifiestan que por respeto no se atreven á tomar, de lo qual Angela enfadada se acerca á Ragotz y le dice:

Ola! ola! Cómo es esto?
conque tú me has engañado?
me dijiste, habrá un momento
que estas gentes nos vendrian
à divertir; pero veo
que hacen todo lo contrario;
pues de cuanto les ofrezco
nada quieren admitir,
y eso es hacerme un desprecio.

Rag. No es sino veneracion:
vaya, amigos, el respeto
cese, y tomad sin reparo
lo que Angela os dá.

Ang. Me alegro.

Coge todo cuanto puede, y lo reparte de modo que la mesa en un instante queda vacía.

Cuánto comen! y qué aprisa!
¡No te diviertes de verlos,
mi mamá? vamos, ahora
me hareis el gusto de veros
baylar como acostumbrais
en esta tierra? vá bueno,

hacen señas que sí.

dicen que sí? pues que sea
pronto, pronto: despachemos.

Se sienta junto á su madre: los demàs executan algunos pasos caprichosos, segun el país, y forman unos Grupos grotescos. Cuando pareciese oportuno Angela se levanta, se pone en medio de todos, y dice:

Ahora es mucha razon
que yo bayle; porque quiero
ver si mamá se divierte
de algun modo; yo no entiendo
eso que haceis. Si os parece
que lo que baylo no es bueno,
cerrando todos los ojos,
os escusais lo molesto.

Hace varios pasos de pantomina, manifestando á su madre su terneza, á quien luego que concluye, abraza estrechamente, y despues dirigiéndose à los demás les dice:

Perdonad, amigos mios,
que mas escuela no tengo
que las del cariño.

Ped. Prima? *dentro.*
prima?

Flor. Qué puede ser esto

Dunc. Esta es la voz de mi primo.

Ped. Ola! ola! ¿cómo habiendo *sale.*
aquí jolgorio, ninguno
me ha dicho palabra?... pero
qué buena moza! quién es?

Dunc. Nada te importa saberlo.

Flor. Este es vuestro primo?

Ped. Sí señora; todito entero
del talon al colodrillo
soy su primo; y à mas de eso
soy el hombre mas alegre
del contorno.

Ang. Cómo es eso?

Ped. Como de este castillo
al rededor à lo menos
en tres leguas nadie vive
sino es el buen tio Pedro,
que soy yo; se entiende, de hombres,
que animales, estoy viendo
tantos, que ando todo el dia
à bofetadas con ellos:
vos no conoceis sin duda
este pais: es soberbio:
os divertireis en verle,
si gustais de ver horrendos
precipicios espantosos,
cabernas, bosques inmensos,
montes, peñascos, demonios....
qué se yo? pues lo que es yelos,
nieves, granizos, ventiscas
y tempestades de truenos
y rayos, es bendicion
el regalo que tenemos,

y sobre todo unos osos
tan mansos, tan alhagüeños,
que à cualquier hombre se tregan
como si fuera un buñuelo:
el que una vez llega aquí,
ya se puede dar por muerto
para todos los demás
del mundo.
Flor. Qué decis?
Rag. Pedro? *con voz terrible.*
Ped. Pues qué miento en lo que digo?
¿quién sabrá mejor todo ello
que yo, que soy el que guia
á todos los extrangeros?
sí, señora, y á serviros
con todo estaré dispuesto:
con escribirme dos letras
vendré al punto à obedeceros.
Rag. Acabarás?
Ped. Si, ya acabo.
Como digo de mi cuento,
si quereis yo os guiaré
donde quisiereis: podremos
caer en alguna sima
ó tener algun tropiezo
con algun oso en ayunas
que nos escuse el entierro;
pero sino os llevaré
á cualquier parte sin riesgo.
Rag. Nadie aquí te necesita
para nada: habrá tal necio!
Ea, márchate al instante.
Ped. No he perdido el viage, cierto
que me ha regalado bien
un valiente hombre extrangero
que he guiado á la presencia
de mi amo, y si bien me acuerdo
le ha traido la noticia
agradable de que ha muerto
su enemigo el Palati....
Rag. Infame! viven los cielos
que te mate, si prosigues.
Flor. ¿Qué pavorosos recelos
me han inspirado estas voces?
Ped. Pues si no quiere saberlo
para qué me lo pregunta?
Rag. Vete de aquí.
Ped. Quién? yo?
Rag. Presto. *recalcado.*
Ped. Yo?
Rag. Pues quién?
Ped. Pudiera ser
otro cualquiera, y me alegro
de ser yo solo el mandado
que à un hombre tan rostituerto
y tan, tan, tan... por no verle
se puede ir uno al infierno. *vase.*
Sale Zam. Qué voces aquí sonaban?
mas nada digas, ya entiendo
lo que habrá podido ser.
Rag. Señor?
Zam. Idos al momento
todos, y oye tú, Duncana;
en tanto que yo prevengo
à Floresca para darla
una noticia, te advierto
que hallarás en este cuarto
inmediato al mensagero
que ha venido à darme parte:
hazle compañía, y luego
que yo te llame à este sitio
entra con él. *vase.*
Dunc. Obedezco.
Floresca quiere seguirla y la detiene Ragotz.
Zam. Esperad vos.
Flor. No teneis
para mandarme derecho.
Zam. Pero para suplicaros
que me escucheis sí le tengo.
Flor. De vuestras persecuciones
cuándo cesará el tormento?
Zam. Muy bien sé, Floresca hermosa,
que vuestro rigor merezco;
pero de vuestros desdenes
han nacido mis excesos:
confiado en la palabra
de vuestro padre, alimento
dí á una pasion infeliz;
y cuando de poseeros
se acercaba el dulce instante,
me ví abatido y pospuesto
al Palatino de Never;
fuisteis su esposa, mis celos
y mis agravios armaron
mi venganza: era un empeño

muy superior à mis fuerzas
veros en brazos agenos;
por fin, me dieron las armas
lo que no vuestros afectos;
y es veros en mi poder:
sabeis que pudo mi acero
acabar con vuestro esposo,
no lo hice por no ofenderos:
su estado y su libertad
me debe, y en pago de esto
jamás deja de poner
en práctica cuantos medios
la cautela le suguiere
para libraros: por eso
aqui os he traido á donde
nadie, sin haber yo muerto,
os pueda dar libertad,
y espero que con el tiempo
moderareis un desden
que no se cómo vencerlo.
Flor. No llameis desden á un odio
declarado: os aborrezco
con todo mi corazon.
Zam. Es indigno sentimiento
de una alma noble.
Flor. No hay duda:
pero cuando es el objeto
la misma perversidad,
es deuda el odio.
Zam. Yo espero,
aquí donde nadie puede
de mi poder defenderos,
donde cualquier gusto mio
es inviolable precepto,
trataros con tal agrado,
veneracion y respeto,
que compitan mis finezas
con vuestro aborrecimiento.
Flor. Finezas aborrecidas
son agravios manifiestos,
y el perseguidor injusto
de mi familia, en mi pecho
nunca se hará otro lugar
que el que le da este concepto
Zam. Borrarle procuraría
mi atencion; y yo os prometo
que hasta haberlo conseguido
no os hablaré de mi afecto.
Flor. Haréis bien, porque sería
añadir materia al fuego.
Zam. Aun el gusto de miraros
dejaré por no ofenderos.
Flor. Si pudieseis obligarme,
acertabais con el medio.
Zam. Medios habrá de obligaros,
que al continuado golpeo
del agua cede el peñasco
mas duro; en fin, señora,
esta fortaleza....
Flor. Templo
será de la iniquidad
mientras la habite un perverso,
encenagado en el crímen.
Zam. Floresca, yo os amo; pero...
Flor. Romped el dique al enojo;
que vuestras iras desprecio.
Zam. Mientras conserve esperanza
de obligaros y venceros,
podré muy bien no entregarme
á mi carácter violento;
mas si acaba la ilusion,
si desaparece el velo
con que me llego á engañar,
y en fin, cuando sin remedio
me vea ya convencido
de que en vuestro duro pecho
nunca puedo tener parte,
abandonando lo atento,
de mi celoso furor
conocereis los efectos.
Flor. Cuando la muerte es lisonja
à todo se pierde el miedo.
Zam. Hay tormentos mas crueles
que la muerte.
Flor. Todos ellos
mientras que viva mi esposo
sabré firme padecerlos.
Zam. Y si no existiese ya?
Flor. Qué escucho?... sagrados cielos!...
si no existiese... sería
posible? decid, ha muerto?
Zam. Si, señora, en un combate.
Ang. Mi padre! mi padre tierno,
mi buen amigo....
Flor. Hija mia,
no tan pronto al desconsuelo

te entregues, que esta noticia
es, sin duda, fingimiento.

Zam. Por mas que Edubinsqui fuese
mi ribal, siempre hice aprecio
de su valor, y sus prendas;
pero aseguraros puedo
que en Minski se halla un testigo
de su muerte.

Flor. Si algo os debo,
permitid que yo le vea.

Zam. Os afligireis.

Flor. Yo os ruego...

Zam. Qué decis? rogar? yo solo
nací para obedeceros.
Duncana?... víctima noble

Comparece Duncana, y á una seña de Zamosqui se retira; este vuelve adonde esta Floresca, continúa:

de su denodado aliento
aseguran que murió
Edubinsqui combatiendo
con el gefe de un castillo
de mis dominios; creyendo
que allí estabais, procuró
entrar, y fue descubierto:
resistió desesperado
con algunos de sus deudos
y parciales; pero al fin
murió, y en sus postrimeros
instantes manifestó
un entrañable deseo
de que un retrato, y un rico
anillo para recuerdo....
pero el mismo que los trae,
bajo mi consentimiento,
os dará mejor noticia.

Flor. Pesares, disimulemos: *ap.*
yo he de hacer que este vil pruebe
todo mi resentimiento.

Salen Duncana y Edubinsqui disfrazado con una espesa barba, y una ancha pellica que cubren sus vestidos.

Zam. Veamos à donde alcanza *ap.*
el temerario ardimiento
de un hombre amante. Polaco,
à tu presencia estás viendo
à la viuda de Edubinsqui,
llega, pues, y los deseos
cumple de tu buen señor.

Edubinsqui se acerca á Floresca, y saca de su seno una sortija: Duncana está situada entre él y Zamosqui: asegurado de que no le miran toma la mano izquierda de Floresca, la pone sobre su corazon, luego le pone en el dedo la sortija, haciéndola al mismo tiempo señal de que se reprima; pero Floresca lo examina, lo reconoce, y sin poder contenerse, exclama:

Flor. Cielos, mi esposo!

Dunc. Qué es esto? *volviéndose.*

Floresca, que ha conocido su imprudencia, queda inmóvil y confusa. Duncana muestra en su rostro sospecha de la verdad. Zamosqui se manifiesta tranquilo, y Edubinsqui sacando con disimulo su retrato; y volviéndose à Zamosqui se lo presenta.

Zam. Ya veo que es el retrato
de Edubinsqui.

Floresca, aprovechándose de este pretexto para reparar su error, toma el retrato de las manos de Edubinsqui, lo besa varias veces, y dice:

Flor. Amado dueño,

Como que habla con el retrato, pero manifestando en algun modo que habla con su esposo.

es posible que de verte
recibo el gusto? ay consuelo
de mi vida, si supieras
lo mucho que yo padezco!

Zam. Es imposible sufrir,
aguantar celos no puedo.

Flor. Mas yo te seré leal
eternamente.

Ang. Yo quiero
besar tambien el retrato
de mi buen amigo.

Flor. El cielo,
que no siempre inaccesible
se ha de mostrar á mis ruegos,
dispondrá que me reuna
contigo.

Zam. No, por cierto, *con ferocidad.*
no permitirán que triunfen

la perfidia y fingimiento:
temerario, pues podias
presumir que mis recelos
dejarian de expiar
tus mas leves movimientos
y acciones? sí, yo he sabido
tu resolucion: confieso
no te creía capáz
de tan loco atrevimiento:
tú por tí mismo has venido
à tu sepulcro.
Edu. Primero
Arrojando pronto baston y pellica, y desembaynando.
verás tu muerte.
Dunc. A llamar
la guardia voy.
Flor. Deteneos.
Edu. Le hallarán hecho pedazos.
Angela y Floresca detienen á Duncana, la cual con señas manifiesta que aquello conviene, entre tanto los dos combaten con alternativa ventaja hasta que Edubinsqui cae en tierra. Zamosqui vá á traspasarlo, y Floresca se pone en medio para reparar el golpe. Angela tira por detrás de su pellica á Zamosqui: los Cosacos entran y se apoderan de Edubinsqui. Duncana detrás de todos levanta al cielo las manos, y Ragotz á un lado con la espada desnuda muestra su alegría, de modo que forme un tabló agradable.
Flor. Zamosqui, á tus pies te ruego
que la vida le concedas.
Zam. Está bien: se la concedo;
pero será para darle
y à tí tambien mil tormentos
que os hagan apetecible
la muerte: soy todo extremos:
amo con toda mi alma,
y con todo le aborrezco.
Edu. Solo un bárbaro tirano
como tú, diera tal premio
à una accion, que aúnque me expone
à tu vil resentimiento;
nace de un noble principio;
tú mismo allá en lo interno
de tu corazon la apruebas,
la alabas, y aun decir debo
que la envidias porque no eres
capáz de tan alto esfuerzo.
Zam. A tu desesperacion
de esta manera contexto.
Duncana, Ragotz, al punto
preparaos, disponeos
para servir mi venganza.
Dunc. Descansad sobre mi celo:
pronto se arrepentirán
los dos de su atrevimiento.
Zam. Ragotz, esos tenebrosos
abismos ha tanto tiempo
sin egercicio, esas minas,
en cuyos lóbregos senos
sempiterna noche habita,
sean su prision; y luego...
oye aparte, por si acaso
los parciales y los deudos
de mi ribal determinan
de algun modo sorprendernos,
harás que sobre el castillo
se despliegue el primer tercio
de Cosacos que à la falda
está del monte.
Rag. Bien presto
te verás obedecido.
Zam. Ea, pues, conduce luego
a los tres á su destino.
Flor. Si algo contigo merezco...
Zam. Se acabaron las finezas,
solo á mi venganza atiendo,
à aborrecer me enseñaste,
quiero seguir tus egemplos.
Flor. A tus pies... *de rodillas.*
Edu. Muger, qué haces?
es posible que te veo
à los pies de un criminal
deshonor del universo?
de esta suerte te envileces?
tanto en tí de los tormentos
puede el temor, que te olvidas
del tuyo y de mi respeto?
muere firme; mas no incurras
en tan vil abatimiento.
Flor. Si miras que me degrado,
de esposa y madre el afecto...

me disculpa; no por mí
à la humillacion desciendo.

Edu. No se ha de comprar la vida
por abominables medios.

Flor. Yo sé morir como nadie
podrá imitarme.

Zam. Veremos
como dura esta firmeza
al examen del tormento.

Dunc. Eso si, sufran, padezcan
y mueran á los aceros
de un continuado dolor
mas cruel cuanto mas lento.

Zam. Llevadlos, pues, que su vista
me es insufrible:

Ragotz y soldados llevan á Angela, Edubinsqui y Floresca, á la que antes arrimándose Duncana con disimulo la aprieta la mano, y la dice:

Dunc. Aliento
que no me descuidaré.

Zam Agradezco mucho el celo
que en servirme manifiestas:
cuanto valgo, cuanto tengo
será tuyo, si me ayudas
à conseguir mis intensos. *Vase.*

Dunc. No lo esperes, que Duncana
aborrece tu perverso
corazon; y aunque no fuera
por defender los derechos
de la inocencia oprimida,
se opondria à tus deseos
para cumplir con la deuda
de un noble agradecimiento.

ACTO II.

El teatro representa lo interior de una mina cortada en arcadas que por todas partes se prolongan hasta perderse de vista: á la izquierda frente del segundo plan hay una especie de pilar groseramente cortado que sirve de punto de apoyo á dos arcadas, la que está á la izquierda entre el bastidor y el pilar se juzga que comunica con el castillo por medio de los subterráneos y está cerrada con una puerta de rejas: en medio del techo en el cuarto plan, hay un agugero que sirve de abertura á la mina: en medio de este agugero hay un madero perpendicular con escalones ó peldaños para subir y bajar: al pie del madero hay una reja orizontal que cierra la comunicacion á la mina por el piso interior. Por la abertura de la mina y por el madero bajan dos Cosacos de los cuales el uno trae una antorcha ó hacha encendida, y el otro un sable desnudo, amenazando la cabeza de Edubinsqui, á quien descuelgan en una cesta con los ojos vendados: luego que han llegado abajo, Ragotz manda al Cosaco de la hacha que encienda una lampara colocada detrás del pilar, de modo que el interior de la mina se alumbre de una manera pintoresca. Edubinsqui se quita el velo que le cubre los ojos, y queda atónito del horror que le inspira el sitio. Ragotz reconoce la mina.

Cos. Pues el sitio habeis ya visto,
decid si aquí el preso queda.

Rag. Tú, que conoces mejor
este lugar de tinieblas,
qué opinas?

Cos. Que si le dejan
aquí, se le pueden dar
una y mil enorabuenas,
porque el parage es alegre,
cómodo, sano....

Rag. Tú piensas
qué à mí me gustan las chanzas?

Cos. Yo, señor, hablo de veras;
pues comparada esta estancia
con la inferior, se pudiera
reputar por un palacio;
y en fin, aquí es donde encierran
à las mugeres.

Rag. Qué dices?

Cos. No admiro que ignoreis estas
cosas, pues ha poco tiempo
que servís en las banderas
del Palatino: este, pues,
recluye aquí las bellezas
que su voluntad resisten,

y suele venir á verlas
por esa puerta de hierro
que tiene correspondencia
con el castillo, y yo pienso
que aquí traerán á Floresca.
Rag. Pues segun eso, su esposo
es preciso que descienda
á la parte inferior; pues
no podrán de esta manera
verse ni hablarse; y yo quiero
dar al Palatino pruebas
de que hago cuanto es posible
para el tormento, y la pena
de dos personas que quiere
que lentamente perezcan.
Cos. Muy bien hecho.
Edu. Hombres crueles,
está dada la sentencia
contra mí?
Rag. No falta mucho.
Edu. Cuánto tardais en ponerla
en egecucion?
Cos. No he visto
á nadie con tanta priesa
para ser atormentado.
Edu. Para mí la mayor pena
es estar viendo malvados.
Cos. El remedio es facil: cierra
los ojos.
Rag. Véndaselos
y excúsale que nos vea.
Edu. Yo no lo consentiré.
Rechaza al Cosaco que se le acerca.
Cos. Déjate de resistencias,
y te irá mejor: ¿teneis
vos la llave de la reja?
Rag. Si.
Cos. Pues venga y abriré.
Abre la reja orizontal.
Tú, bien será que precedas
con la luz, y luego el preso,
que yo iré detrás: paciencia
amigo, y obedeced.
Edu. Aunque el hondo abismo fuera
adonde me condugeseis,
no veriais mi firmeza
alterada, porque siempre
va conmigo mi inocencia.

Por los escalones del madero que sirve de centro á la reja, baja el Cosaco con la hacha, y le sigue Edubinsqui, y el otro Cosaco dice:

Cos. No hay necesidad de que
vos bajeis, porque pudierais
maltrataros. *Rag.* Tardareis?
Cos. En qué? en una diligencia
que se hace en cuatro minutos?
Rag. Pues baja. *Cos.* Sea enhorabuena.

Baja el Cosaco: Rágotz queda apoyado el brazo en el madero mirando abajo y por la puerta de la izquierda que comunica al castillo, salen Floresca y Duncana: está sobre la reja.

Dunc. Seguidme, amada Floresca:
este es el sitio horroroso
en que habeis de vivir presa;
vuestra custodia á mi zelo
el Palatino encomienda,
y yo tan vil comision
jamás aceptado hubiera,
á no ser por la esperanza
de libraros: como quepa
en lo posible, contad
vuestra libertad por cierta,
no os desanimeis, que yo
de situacion tan severa
con poderosos auxilios
dulcificaré las penas.

Todo esto lo dice Duncana con mucha dulzura, y como sosteniendo á Floresca á quien conduce hácia un banco de piedra que habrá donde parezca mas cómodo para la accion.

Rag. Ruido se escucha.
Se adelanta como para registrar.
Dunc. Ragotz
está aquí: mudar de idea
conviene..... vamos, madama,
con aspereza.
que no estoy para oir quejas,
y el pretender ablandarme
es pedir al campo estrellas.

La rempuja torpemente hácia el banco, y luego volviéndose á ella con las manos juntas, y con mucha expresion la dice con disimulo.

Ah! perdonadme, señora,
que es precisa esta violencia.

Rag. Con mas blandura, Duncana,
que no es Zamosqui una fiera
para querer que sus presos
se traten con tal dureza.

Dunc. Quién os mete á vos en eso?
yo haré lo que me parezca
conveniente.

Rag. Esta muger *ap.*
tiene el corazon de piedra.

Dunc. Esa es vuestra habitacion;

Mostrándole una concavidad de peñas á la derecha.

yo me encargo de que en ella
encontreis lo necesario
y no mas. *Rag.* Pero á una dama
de tanta delicadeza...

Dunc. Os repito que no gusto
de que ninguno se meta
en lo que es mi obligacion;
atended solo á la vuestra.

Rag. Señora, estad persuadida *á Flor.*
á que si en mí consistiera...

Dunc. Madama no necesita *ruido.*
vuestro favor: y pues suena
ruido en la parte inferior,
mejor sería que fuerais
á informaros de la causa,
pues que con vuestra cabeza
respondeis de cuanto ocurra
allá abajo. *Rag.* La advertencia
estimo: si acaso el preso

Llegándose al madero.

revelársenos intenta?
pero de cualquiera modo
importa allí mi presencia. *baja.*

Duncana, apenas se oculta Ragotz acude á la abertura, y se pone á observar.

Dunc. Vete. Ya ha llegado abajo,
y parece que se aumenta
el ruido: aquí necesito
de toda mi diligencia.

Vase por donde ha salido.

Flor. Qué pavorosa mansion!
Duncana?... tambien me deja;
pero todos los esfuerzos
de una amistad, qué pudieran
contra el desvelo de cuantos
enemigos me rodean?
hija! esposo!... conque ya
no es dado que á veros vuelva!
el implacable Zamosqui
para siempre, oh Dios! ordena
que nos separen... con cuanta
exactitud y presteza
sus órdenes se han cumplido!
ó amargura! ó noche eterna!
ó tormento de tormentos!

Se deja caer agoviada de dolor.

desventurada Floresca!

Duncana trae de la mano á Angela: observa rápidamente si le pueden sorprender, corre hácia Floresca.

Dunc. Abrazad á vuestra hija.

Flor. Angela! *abrazándola.*

Dunc. Vuestra terneza
moderad; conozco que
para una madre no hay pena
como el verse separada
de su hija: aquí la vuestra
se queda, yo volveré
cuando importare, por ella;
mas tened mucho cuidado
de que ninguno la vea.

Flor. Pero vuestro dueño...

Dunc. El dueño
que á mí me rige y gobierna
esta aquí. *señalando el corazon.*

Flor. Pero Zamosqui...

Dunc. Me manda
perseguiros pero ordena
mi corazon que yo pague
de mi gratitud la deuda.

Flor. O generosa muger!

Dunc. Recelo que nos sorprehendan:
à Dios.

Ang. Y que no me abrazas?

Duncana, que está ya en la puerta de hierro, vuelve á la voz de Angela, y viéndola con los brazos abiertos, corre á abrazarla y á Floresca. Suenan dos toques de trompa de caza bajo.

Dunc. Los dos toques manifiestan
que suben.

Por la abertura de la reja orizontal se ven las luces de los que suben: Duncana lleva á Angela, y la esconde en una concavidad que está entre el pilar y la reja, y luego desaparece y cierra la puerta de hierro, diciendo antes.

En este hueco
está bien: à Dios, que llegan. *vase.*

Suben Ragotz y los Cosacos, de los cuales uno cierra con llave la reja.

Flor. Y yo no lo olvidaré
por lo que importarme pueda.
Rag. Y la llave?
Cos. Veisla aquí.
Rag. Pues idos enhorabuena.

Un Cosaco da dos toques de vocina, ó tino de trompa, sube la cesta, y luego ellos por el madero.

Esta muger me enamora, *ap.*
y para haber de vencerla,
me es fuerza seguir un rumbo
que enteramente difiera
el que ha seguido Zamosqui:
interesarme en sus penas,
lisongear su dolor,
es la mas segura senda
del acierto: ella imagina
que para siempre se encuentra
separada de su hija
y su esposo; conque es fuerza
que dándola yo esperanzas
de verlos, me lo agradezca;
yo me guardaré muy bien
de cumplir lo que prometa,
que no han de faltar pretextos
con que disculparme pueda:
poco á poco ganaré
su confianza; y pues de esta
hasta el amor, solamente
un paso dicen que media,
no es dificil franquearlo:
de Duncana la presencia
solo temo: ella parece
tan inflexible y severa
en cumplir su obligacion,
que seria diligencia
peligrosa el intentar
seducirla: la cautela
es el único recurso
que puede librarme de ella;
yo lo dispondré de modo
que llegue á descomponerla
con Zamosqui; y de este modo
yo solo seré el que tenga
la obligacion de cuidar
de la hermosa prisionera:
esto ha de ser; nada logra
aquel que á nada se arriesga.

Durante este monólogo Ragotz maquinalmente se sienta sobre un banco que estará al pie del pilar, se quita la trompeta y gorra y las deja sobre el banco, y juntamente la llave de la reja orizontal. Floresca lo advierte, y luego que Ragotz se levanta hace señas á su hija de que coja la llave, y abra la reja. Angela lo hace con el mayor disimulo, y se llegan al pie del madero.

Os parecerá este sitio
espantoso? *Se encamina á Floresca.*
Flor. Pues no es fuerza?
Rag. Si á lo menos no estuvieseis
separada de las prendas
dulces de vuestro cariño.
Flor. Entonces para mí fuera
jardin de delicias lleno,
este lugar de tinieblas.
Rag. Vuestro esposo está á mi cargo.

Angela hace esfuerzos para abrir: se oye el ruido de la primera vuelta de la llave. Ragotz vuelve la cabeza como receloso, y Floresca temerosa que repare en su hija, le dice con la mayor dulzura.

Flor. Me dejais? no os interesa
mi situacion? Rag. Me lastima:
á no estar solos, creyera... *ap.*
Flor. Conque mi esposo depende
de vos? qué angustia tan fiera!
Rag. Y de vos depende el verle
cuando gustareis.
Flor. De veras?
Rag. Si señora. Flor. Pues hablad,
porque me hallareis dispuesta
á cualquiera sacrificio.

Durante este diálogo, Angela saca la llave de la cerradura, la deja en el mismo sitio y se esconde.

Rag. O cuánto me lisonjea *ap.*
este principio!

Flor. Decid,
no me tengais mas suspensa,
qué he de hacer?

Rag. Agradecer...

Flor. En pechos nobles es deuda
la gratitud.

Rag. Y ayudarme,
para que Duncana sea
alejada de estos sitios;
pues se opone su presencia
à mis designios.

Flor. Lo creo.
Ah traidor! *ap.* pero esa empresa
me parece muy dificil,
porque creo que es la entera
confianza de Zamosqui
Duncana.

Rag. Aunque lo sea,
ayudareis mis designios?

Flor. En cuanto de mí dependa,
por qué no?

Rag. Pues eso basta:
á Dios, hermosa Floresca:
pronto volvereis á verme,
y espero traeros buenas
noticias. Que bien me entere
Coge la gorra y llave.
de estas minas, me encomienda
el Palatino, y ahora
al favor de esta linterna
quiero registrarlas todas;
y entre tanto acá en mi idea
iré preparando medios
para que Duncana pierda
su favor; á Dios, señora. *vase.*

Flor. El os guarde.

Floresca observa la idea de Ragotz, y cuando le considera ya léjos, corre á abrazar á su hija.

Amada prenda;
hija de mi corazon,
bendiga Dios tu agudeza:
bien me entendiste.

Ang. Pues no
queriais que os entendiera?

Flor. Qué peligro tan terrible!
mas la reja?

Ang. Ya está abierta.

Angela y Floresca levantan la reja, se ponen á hablar, dirigiendo la vo á la parte interior.

Flor. Edubinsqui, esposo amado?

Ang. Padre mio?

Flor. Ven apriesa,
ven á abrazar á tu esposa
y á tu hija... mas ya llega.

Sube Edubinsqui por el madero y á braza tiernamente á su hija y su es- posa á un tiempo, formando un grupo agradable.

Edu. Es posible que mis brazos
amorosos os estrechan?
hija... esposa... mas decid,
estamos solos en estas
mansiones de horror?

Flor. Ragotz
las registra, pero es fuerza
que la luz que lo dirige
nos avise de su vuelta.

Edu. Sin embargo no expongamos
vuestra vida á contingencias
fatales: por dónde fue?

Ang. Por aquella obscura cueva.

Edu. Pues ponte en observacion
y á cualquier ruido ó cualquiera
vislumbre...

Ang. Basta: lo entiendo.

Edu. Mas á quién debo, Floresca,
la dulce satisfaccion
de veros? *Flor.* A tu hija tierna
principalmente.

Edu. Ah! si el fiero
Palatino no me hubiera
descubierto hoy mismo, hoy mismo
cesado habrian las penas
que nos afligen.

Flor. Pues cómo?

Edu. Doscientos hombres de entera
confianza, y de un valor
experimentado quedan
en las montañas vecinas

al castillo, los gobierna,
el valeroso Polaski,
y tan solamente esperan
que yo les indique el modo
de lograr una sorpresa,
y cuando no, de asaltar
el castillo á viva fuerza;
pero preso en este sitio
espantoso, no me queda
arbitrio para avisarles
de mi desgracia funesta,
y notando mi tardanza,
abandonarán la empresa,
dejándonos en poder
del tirano: ó quien muriera
mil veces antes de verse
objeto de tan adversa
fortuna! todo me falta,
todo auxilio se me niega.

Flor. No desconfies: que aun hay
quien de nosotros se duela.

Edu. Y quién es?

Flor. Una muger
generosa que se arriesga
por nuestro alivio á la muerte:
Duncana.

Pedro. Esperad, esperad.
Arriba cantando.

Flor. Mas qué voz suena?

Pedro baja cantando por el madero: trae una cesta en el brazo: Angela y Edubinsqui se ponen tras del pilar; pero de modo que puedan ser vistos. Floresta á un lado á la izquierda del teatro, y todos prestan atencion á las palabras que canta Pedro, como interpretando su sentido.

Pedro. »Tristes habitantes *cantando.*
»de esta soledad,
»que tantas desdichas
»experimentais;
»en la providencia
»mil recursos hay.
»Esperad, esperad.

Flor. Pedro el primo de Duncana
es este; ya no me queda
temor ni recelo alguno
de que aqui juntos nos vea.

Ped. »Si en el feliz tiempo *cantando.*
»de prosperidad,
»de nuestra familia
»la calamidad
»generosamente
»hicisteis cesar.
»Esperad, esperad.

Flor. Sin duda habla con nosotros
el sentido de la letra:
pues vos aquí, Pedro amigo?

Ped. Pues qué maravilla es esta?

Flor. No temeis?...

Ped. Lo que cualquier
hombre honrado es bien que tema,
que es pasar plaza de ingrato:
mi prima, pues, me encomienda
que os diga...

Flor. No, no prosigas,
que la luz que reberbera
en aquella obscuridad,
claramente manifiesta
que vuelve Ragotz.

Ped. Ragotz?
ahí es una friolera;
pero no hay que desmayar:
escondeos con presteza
vosotros, y vos, señora
convenid en cuanto pueda
adular á ese bribon. *se esconden.*

Sale Ragotz. Apagaré la linterna,
y escucharé lo que dicen,
que extraño el que Pedro venga
á las minas.

Ped. Pues, señora,
os puedo afirmar de veras
que en el capitan Ragotz
concurren ilustres prendas:
es muy noble, un bribonazo, *ap.*
y podeis tener entera
confianza de él: lo mismo *ap.*
que de mi difunta abuela,
y aunque dicen que es severo,
tanto á las damas respeta
y sirve, principalmente
cuando afligidas se encuentran,
que todas su bizarría
y buen corazon celebran.

Rag. No es este Pedro tan simple

como indica la apariencia.
Ped. Confiadle vuestros males,
como si un hermano fuera....
pero vos... señor... *turbado.*
Rag. Prosigue,
que las alabanzas suenan
muy bien en boca de un hombre
que de sencillo se precia.
Ped. Me parece que no he dicho
cosa que no sea cierta.
Flor. Y en mí, para persuadirme
à verdad tan manifiesta,
el testimonio de Pedro
era demás.
Rag. No creyera
deberos tanto favor.
Ped. Pues no es tanto como piensas. *ap.*
Rag. Pero á qué has venido aquí?
Ped. Por cierto pregunta bella!
bien claro se advierte: vaya
no reparais en la cesta?
Rag. Y tú eras el que cantaba?
Ped. Esta es otra: la firmeza
y frescura de mi voz,
con otra alguna pudiera
equivocarse?
Rag. Creí
que oía voces diversas.
Ped. Los ecos que se repiten
por todas esas cabernas
os lo harian parecer.
Rag. Este Pedro mil sospechas *ap.*
me causa... si con su prima
estará de inteligencia?
pero á qué fin? sin embargo
no sé qué mi alma recela. *registra.*
Flor. Yo estoy temblando: por Dios
haz que se vaya.
Ped. Si fuera
tan fácil como el decirlo,
ya estaría tres mil leguas
de aquí.
Rag. Dí, te ha encargadado Duncana
que á la mina descendieras?
Ped. Lo que es encargarme, no;
que yo me ofrecí de buena
voluntad, porque tenía
que hablaros.
Rag. De qué materia?
Ped. Brava disculpa me ocurre: *ap.*
pues señor, no se os acuerda
que me encargaste que fuese...
Rag. A dónde?
Ped. De aquí una legua
á mandar que los soldados
avanzados se vinieran
replegando...
Rag. Basta, basta.
Ped. Por si acaso una sorpresa
de parte de los parciales...
Rag. Que calles digo.
Ped. Esa es buena:
pues no me he de disculpar?
Rag. Y por qué con la presteza
neceraria no has cumplido
mis órdenes?
Ped. La respuesta
os la podeis dar vos mismo.
Rag. Atrevido!...
Ped. Valga flema,
y atended: si los soldados
al fuerte no se replegan,
vos teneis la culpa.
Rag. Yo?
Ped. Si, señor, y si por esa
razon alguna desgracia
sucediese; recibierais
castigo del Palatino:
pues, señor: segun las nuevas
órdenes, puede salir
nadie de la fortaleza
sin un pasaporte vuestro?
no estaría yo de vuelta
si vos me lo hubieseis dado?
Rag. Dices bien, y de mi necia
distraccion originarse
podrian mil contingencias
fatales: yo te suplico
que hagas todo cuanto puedas
para reparar la falta
cometida, si deseas
ser recompensado: vamos,
sube, sube.
Ped. Si supierais
la poca gana que tengo,
Rag. Tú quieres con mi paciencia

acabar?
saca la espada.
Ped. No, señor, no:
Sube por el madero.
ya subo, y mas que de priesa.
Rag. Señora mia: Duncana,
sino conoce, recela
que me intereso por vos;
este Pedro...
Flor. De su lengua
no oisteis satisfacciones
cumplidas?
Rag. A pesar de ellas
sospecho que le ha enviado
Duncana, porque advirtiera
si acaso en vuestro favor
templaba yo los violentas
órdenes del Palatino;
mas yo todas sus cautelas
desprecio: y os serviré
contra todo cuanto quiera
intentar esa muger
sin piedad; y solo os ruega
mi afecto que no olvideis,
hermosísima Floresca,
que me prometisteis daros
por obligada.
Flor. No fuera
yo noble, si agradecer
no supiese las finezas:
contad conmigo lo mismo
que yo cuento con vos.
Rag. Esa
confianza que mostrais
basta para recompensa
de su cariño: quedaos
con Dios: fuerza es que vuelva *ap.*
con disimulo á observar
todo lo que aquí suceda;
que la venida de Pedro
me ha llenado de sospechas... *vase.*
Edu. Esposa mia, á pesar
de la situacion funesta
en que nos hallamos, creo
que de la libertad nuestra
conseguiremos el fin,
si Duncana hace que sepan
nuestros parciales y amigos
los peligros que nos cercan;
pues acudirán sin duda
á socorrernos.
Flor. Proteja
el cielo sus intenciones
y buen deseo.
Sale Duncana. Floresca, *por la puerta.*
no os movais vos, que de arriba
os exponeis á que os vean.
Edubinsqui se cubre con el pilar de modo que no le vean de arriba.
Flor. La inquietud que en vos advierto
mis cuidados acrecienta.
Dunc. ¡Ay desventurados hijos
de mi bienhechor! la adversa
fortuna que padeceis
vuestros peligros aumenta
por instantes: de su ceño
la ojeriza á tanto llega,
que Zamosqui solamente
con sus celos se aconseja
y con su temor; y así
receloso de que puedan
los partidarios, á quienes
vuestro destino interesa
con el oro y con las armas
desvanecer sus ideas;
ha resuelto deshacerse
de un rival, á quien detesta
con todo su corazon,
y hoy determina que muera
vuestro esposo.
Flor. Ah! el mismo golpe
acabará con mis penas.
Ragotz comparece á mitad del madero, pero de modo que no puede ver á Edubinsqui.
Dunc. No tanto os desconsoleis;
pues que mi amistad os resta,
y sabré morir por vos.
Rag. Pues ya de su inteligencia
recíproca no me puede
quedar ni aun una ligera
duda, al instante á Zamosqui
voy á dar de todo cuenta. *vase.*
Flor. Dios santo! si de este modo
atribulais la inocencia,
qué horrible será el castigo
que á los malvados reservas!

Dunc. No es tiempo ahora de tristes
exclamaciones y quejas,
sino de resolucion,
energía y fortaleza:
yo he imaginado un medio,
y es el único que resta
para poder substraeros
de Zamosqui á la violencia:
desesperado parece,
pero cuando nos estrecha
el peligro, suele ser
la temeridad prudencia,
y pues que teneis valor,
y el númen eterno vela
sobre el inocénte, oidme.
Mientras que duren las negras
sombras de la fria noche,
por esa puerta de rejas
saldreis á una sala baja,
que comunica á una amena
estancia del jardin; luego
seguireis á la derecha
un terrazo, á cuyo fin
encontrareis una puerta
que dá al campo: esta es la llave:
como la naturaleza
hace inexpugnable el fuerte
por aquí no hay centinelas:
y para cualquiera caso
é imprevista contingencia,
con estas armas podeis
Le dá unas pistolas.
tratar de vuestra defensa;
y hallaros de aquí muy lejos
para el punto que amanezca.
Edu. Y vos, Duncana?
Dunc. No corro
peligro: cuando yo crea
que estais ya tan alejados
que nadie alcanzaros pueda;
doy voces, vienen, y á este
madero atada me encuentran
(que esto Pedro y yo lo haremos
con la mayor diligencia).
Yo supondré que un desmayo,
efecto de la fiereza
con que vos me habeis tratado,
ha impedido que pudiera
denunciar vuestra evasion
mas pronto: Zamosqui es fuerza
que lo crea, y aun que aplauda
mi celo; y á esto se agrega
que como el traidor Ragotz
está encargado de vuestra
custodia, de vuestra fuga
caen sobre él las sospechas.
Edu. Muger generosa!
Flor. Cómo
podremos tantas finezas
recompensar?
Dunc. No perdiendo
tiempo en inútiles muestras
de gratitud, lo que importa
es que no olvideis las señas:
la sala baja, el jardin,
el terrazo, y por la puerta
del campo....
Cae de arriba una piedra con un papel atado.
pero que es esto?
Válgame Dios! una piedra
y atado en ella un papel? *Lo suelta.*
Qué será lo que contenga?
Veámoslo, pues.
Lee. » Ragotz ha descubierto que Dun-
» cana os favorece."
Flor. Infame!
Edu. Murió la esperanza nuestra.
Lee.
Dunc. » Y acaba de participárselo
» Palatino, el cual se dispone para ba-
» jar cuanto ántes á las minas: pro-
» curad por algun medio evitar el gol-
» pe, que si conseguis solas tres ho-
» ras de dilacion, podeis contar con
» vuestra absoluta libertad:"
Edu. Mas qué medio puede haber?
Flor. La muerte; la muerte fiera,
que es el único recurso
del infeliz.
Dunc. Si pudiera.... *Discurriendo.*
pero es materia imposible.
Edu. Si el valor....
Dunc. Nada remedia;
pero decidme, conoce
el tirano vuestra letra?

r. Si.
unc. Pues no desconfieis:
cautela contra cautela
opongamos, y este libro *Lo saca.*
de memorias ahora sea
instrumento de salud:
escribid luego á cualquiera
Alcayde ó amigo vuestro,
el que se hallaré mas cerca
de este Castilló, implorando
su auxilio, y que la respuesta
se la dirija à Ragotz,
como sugeto de vuestra
absoluta confianza. *Floresca escribe.*
Vos ocultaos en esta
concavidad, sin perderme
de vista, y á cualquier seña
que yo os hiciese, salid.
du. No será mejor que vierta
su infame sangre....
unc. El valor
para ocasion mas estrecha
reservad; vuelvo á deciros
que os oculteis, y la tierna
Angela quede conmigo:
no temais nada por ella,
que de su seguridad
respondo con mi cabeza.
oculta Edubinsqui. Floresca entrega á Duncana lo que ha escrito y dice ésta aprobándolo.
Perfectamente: hija mia,
toma este escrito, y atenta
siempre à todas mis acciones,
cuando vieres que una seña
con la cabeza ó las manos
te hago, con toda cautela
arrimándote à Ragotz,
dentro de la faltriquera
de su Pellica....
g. Ya entiendo:
sí, sí, lo haré de manera....
pero oigo pasos y ruido.
unc. Zamosqui sin duda llega:
él es, ánimo, señora,
que aquí es menester firmeza.
oculta Angela tras del Pilar, Edubinsqui se mantiene oculto, y salen por la puerta de rejas Ragotz y Zamosqui, y cuatro Cosacos con luces.

Rag. O generosa Duncana!
ahora la recompensa
recibireis de la fe
y del celo que os alienta.

Dunc. Bien te entiendo; mas el triunfo
ya veremos por quién queda.

Rag. Aquí teneis la muger
que exteriormente severa,
vuestro amor y confianza
ingratamente atropella,
pues en este mismo sitio
la he visto dar á Floresca
auténticos testimonios
de cariño, y proponerla
auxilios proporcionados
para su evasion.

Dunc. Si fuera
posible que el Palatino
formase alguna sospecha
de una muger, que diez años
le sirve, dándole pruebas
de lealtád inviolable,
era preciso siguiera
que la acusacion naciese
de algun hombre, cuyas prendas
inspirasen confianza,
y no de quien hace apenas
un año que sirve aquí
extrangero, que fomenta
solo intrigas ambiciosas;
y que con indiferencia
no puede ver el favor
con que mis servicios premia
el Palatino, y por eso
en ocasiones diversas
ha inventado seducirme,
y viendo que mi prudencia
ha evitado sus engaños,
con invencion tan grosera
solicíta.... pero en vano
es que mi concepto pierda.

Zam. Qué es lo que escucho!

Rag. Que á tanto
extremo tu fie ion llega!
Yo he tratado seducirte?
y podrás dar una prueba

de lo que afirmas?
Dunc. Traidor,
si hasta aquí tuve paciencia,
si hasta aquí, por no perderte,
silencio impuse á mi lengua,
puesto que mi indignacion
de tan extraña manera
provocas, verá Zamosqui
tu perfidia descubierta:
Examinad á Madama,
Señor, y á su hija tierna;
que en vano de mí se oculta,
y él mismo ha traido á esta
lóbrega estancia este dia
para obligar á Floresca.
Coge de la mano á Angela y la empuja hácia Ragotz, y la dice aparte con mucha prontitud y disimulo.
Ahora es tiempo. (*ap.*) Preguntadles
Angela le pone á Ragotz el papel en la pellica.
si las ha hecho mil ofertas,
y si las ha prometido
librarlas de la severa
vigilancia de la infame
Duncana, que su fiereza
estos defectos y otros
me aplica.
Rag. Si hay en la tierra *furioso.*
verdad, la mia....
Ang. Soldado,
cuidado con que no mientas,
porque te castigarán.
Zam. Es verdad esto, Floresca?
Flor. Es muy cierto que Ragotz
compadecido á mis penas
me ha ofrecido su socorro,
y en premio de su fineza
únicamente exigia
que agradecida le fuera
solo en cuanto....
Zam. Basta, basta.
Rag. Soy perdido.
Zam. Tú atreverte á la belleza
en que tu señor adora?
tú al dueño de mis potencias
pedirle agradecimiento?
Rag. Señor, por Dios que me atiendas.

Zam. Y qué podrás oponer
á tan evidentes pruebas!
Rag. La verdad, la verdad sola;
ella será mi defensa;
porque si yo hubiera sido
capaz de traicion tan fea,
si hubiese puesto los ojos
en esta Dama, estuviera
ahora en este lugar?
Cruzando montes y selvas
desde Sandomir aquí
no la he traído? pudiera
alguno haberme estorbado
el apoderarme de ella
sin que de tal atentado
queda en ni aun leves señas?
Zam. Dice bien.
Dunc. Para acabar
tan pesadas diferencias,
y decidir quién de entrambos
es culpable, solo os ruega
mi zelo que se registre
ese vil, porque se encuentra
en su poder una carta,
que le ha entregado Floresca,
sin que todo su cuidado
contra mi acecho valiera.
Rag. Yo carta? yo escrito alguno?
A una seña de Zamosqui, lo reg-tran, y en la pellica hallan el li-bro de memorias.
regístrese enhorabuena:
mi lealtad.... mi opinion...
mas que es lo que miro? horrendo
traicion!
Le sacan el libro, y lo presentan
Dunc. Ved si en ese libro
de memorias la certeza
de mi verdad se confirma.
Rag. Llegó mi muerte. *ap.*
Zam. La letra
es de Floresca, no hay duda,
y dice de esta manera.
Lee. » Al Palatino de Polonia: V. E.
» amigo; mi esposo, mi hija y Z
» somos prisioneros del feroz
» mosqui, que nos tiene encerra-
» dos en las minas de M

"El Cosaco que os entregará este
"libro de memorias es de toda
"nuestra confianza: bien podeis
"fiarle cualquiera secreta comision;
"porque ademas de su fidelidad y
"conocido valor, es secreto é im-
"placable enemigo de nuestro per-
"seguidor."

Rag. Pérfida muger!
Zam. Traidor!
Rag. Señor, oidme.
Zam. La lengua
suspende, porque no cabe
en culpas tan manifiestas
disculpa alguna; al momento
desnudadle: atado sea *lo hacen.*
á ese pilar, entretanto
que mi cólera decreta
suplicio correspondiente
á tan desusada ofensa.

Le atan á un anillo de hierro que habrá en el pilar.

Rag. Poco tardareis, Zamosqui,
en conocer mi inocencia,
y arrepentirte de haber
fiado de esa perversa.
Zam. Donde está preso Edubinsqui?
Dunc. En la mina inferior.
Zam. Venga la llave.

Saca la llave de la pellica de Ragotz.

Dunc. Aquí esta, Señor:
yo misma abriré la reja. *lo hace.*
Zam. Registrar quiero la mina,
y ver si cumplidas quedan
mis órdenes: id delante:
A los Cosacos.
Tú, Duncana, aquí me espera.
Dunc. Así lo haré.

Bajan los Cosacos, Zamosqui los sigue, y cuando ya todos se han desparecido, despues de una breve pausa, Duncana hace señas á Edubinsqui, y este sale.

Ahora es tiempo:
al punto cerrad la reja:
huid todos, huid todos,
ni un solo instante se pierda:
dad un toque por señal,
que es precisa diligencia:
Toca y baja el cesto.
á vuestra hija y esposa
poned al punto en la cesta.
Flor. A dos toques subirá.
Dunc. No hay duda que esa es la seña.
Rag. Ellos son: de huirse tratan:
que desatarme no pueda!
Dunc. En la parte superior
solo están de centinela
dos Cosacos: cuando os vean
con la gorra y la pellica
de Ragotz, fuerza es que os tengan
por él: las sombras ayudan
al engaño; y cuando fuerais
conocido, armas llevais
para haceros paso: apriesa.
Edu. Cuánto siento no llevaros!
Dunc. Abrazadme por postrera
vez, y luego atadme.
Flor. Ataros?
Dunc. Es precisa diligencia,
para poder disculparme:
sabe Dios cuánto me pesa!

La ata á otro anillo de hierro de los muchos que habrá clavados en lo que figuran rocas, y si ser puede de modo que Ragotz y Duncana no se vean, para lo cual puede servir el pilar interpuesto: toda esta última escena se ha de hacer con mucha rapidéz y en voz baja, para que Ragotz nada entienda.

Dunc. Fingid que me maltratais,
y que me impedís que pueda
alzar la voz, y un pañuelo
ponedme en la boca.
Edu. Sea, pues vos lo quereis.
Dunc. Traicion; Zamosqui. *Gritando.*
Edu. Calla, perversa.
Rag. Qué escucho!
Edu. Mas para que
no estorben nuestras ideas
con las voces, este lienzo
freno sea de tu lengua.
A Dios; muger generosa.

La abrazan los tres: dá dos toques

y suben.

Rag. Ellos huyen, no me queda
mas recurso que morir
rabiando.

Flor. Bondad inmensa,
dirige á puerto seguro
los pasos de la inocencia.

ACTO III.

Plaza de Castillo toda cerrada; pero de modo que el fondo le ocupe una parte de muralla, que no estorbe ver un lago que hay à la parte exterior, sobre cuya puerta hay un puente practicable que tiene su cerradura por un lado: sobre el puente hay una garita, que está de espaldas al lado izquierdo del teatro. En el mismo lado como detrás de la muralla hay una alta torre, cuyas ventanas tienen rejas, y se abren con candados. A la parte interior del teatro y tambien á la izquierda hay una puerta del Castillo, que sale al campo; y en medio tiene una regilla de registro: esta puerta debe tener cerrojo. Salen Edubinsqui, Floresca, Angela, y aparecen algunos Soldados de centinela.

Edu. Esta, segun las señales,
es la puerta por donde hemos
de salir al campo: mas
Duncana lo erró, diciendo
que no habia Centinelas;
pues al escaso reflejo
de las estrellas, á un hombre
en esa Garita veo,
y aunque pudiera fingir
que soy Ragotz, atendiendo
al trage que me disfraza,
no dejará el paso abierto,
si la seña y contraseña
no le doy: á lo violento
acudir solo conviene
cuando no haya otro remedio.
Ruido de gente se escucha:
si pudiéramos ponernos
tras de la Garita, acaso
pudiera por este medio
saberse la contraseña,
y se lograba el efecto;
pues es fuerza que las rondas
recorran todos los puestos.

Ang. Quereis que yo vaya allí?

Flor. No, hija mia, no consiento
que te aventures á tanto.

Ang. Mamá, porque tienes miedo?
no me has dicho muchas veces
que Dios cuida de los buenos
hijos?

Se adelanta hacia la Garita: Floresca contenida por Edubinsqui, dá un grito, que despierta al Cosaco que estaba de Centinela dormido.

Flor. Angela!

Edu. Qué haces?

Cos. No hay que hacer, valiente sueño
he echado! por fortuna
no ha recorrido este puesto

Edubinsqui se arrima á escuchar lo que habla el Soldado.

el Comandante Ragotz:
buena la hubiéramos hecho!
Si me encontrase dormido
me ahorcaría, ó por lo ménos
dispondria que me diesen
dos mil palos: yo lo temo
y casi no le conozco,
porque ayer fué el dia primero
que lo ví, y lo que es el rostro
no le miré sino al vuelo.
No es peor el diablo, segun
lo dicen mis compañeros.
Pero hace un frio terrible,
daremos cuatro pasos
para entrar algo en calor.

Edu. Ven hacia aquí.

Se retira á un lado y Floresca. El Cosaco sale de su Garita, tras de la cual se ha escondido Angela: el Cosaco pasea por entre el muro y la Garita, y se pasea á lo ancho del teatro desde detras de su Garita hasta el muro que cierra la escena, de modo que Angela por no ser vista se mete en la Garita, y apenas ha entrado en ella llaman á

la puerta.

Ang. Válgame Dios! Soy perdida!

Cos. Quién vive?

Abriendo la regilla que habrá en medio; pero con preocupacion el Comandante de la Patrulla responde por la parte de adentro.

Com. Patrulla.

Cos. Bueno,
acérquese el Comandante
para dar la seña, y luego
la contraseña.

Ang. Qué escucho!
esto es lo que yo deseo.

Com. Amor, y Polonia. *Por la reja.*

Cos. Eso es,
ya abro la puerta.

Abre el Cosaco, y se coloca delante de la Garita, de modo que oculta á Angela, mientras pasa la patrulla, y luego que esta desaparece cruzando el teatro, el Cosaco echa el cerrojo. y llave à la puerta, para lo cual se vuelve de espaldas, y en tanto Angela sale de la Garita, y se reune à sus padres: el Cosaco vuelve á meterse en la Garita.

Ang. No quepo
en mí de alegría.

Edu. Hija?

Ang. Amor y Polonia: esto
es lo que han dicho por seña
y contraseña.

Flor. Los cielos *abrazándola.*
te colmen de bendiciones.

Edu. Quedaos aqui, mientras llego
y al centinela examino.

Cos. A esta parte pasos siento:
Quién vive?

Edu. Ragotz.

Cos. El es;
pues como va amaneciendo,
reconozco el trage mismo,
que aun llevaba.

Sale de la Garita, se cuadra y llega Edubinsqui.

Edu. Me acerco
y la consigna le doy. *bajo.*
Amor y Polonia.

Cos. Bueno!
si llega ántes soy perdido.

Edu. Orden de Zamosqui tengo
para llevar dos mugeres,
sin malograr un momento,
á la otra parte del lago;
y así abre la puerta.

Cos. Pero
yo no puedo obedecer.

Edu. Cómo que no? qué oigo Cielos! *ap.*

Cos. El Palatino ha mandado
que á nadie por este puesto
le deje salir.

Edu. Te olvidas
de que yo en su nombre vengo?

Cos. Si probar mi exactitud *ap.*
intenta por este medio?
Vive el Cielo, no ha de ser:
desengañaos, que entiendo
mi obligacion; pasad vos,
si gustais; pero no dejo
á otro ninguno, pasar
sin órden nueva, y viniendo
por el regular conducto.

Edu. Aqui no hay otro remedio *ap.*
que asurtarlo: Miserable,
ahora estás alarde haciendo
de exactitud, cuando ha poco
que te hallé en profundo sueño
sumergido? abre, ó sino
al instante te relevo
y te hago ahorcar.

Cos. No, señor,
voy al punto á obedeceros.

Abre el Cosaco, en tanto llegan Floresca, y Angela.

Edu. Acercaos, y pasad: *pasan.*
cierra la puerta al momento,
y sino es al Palatino,
que á nadie abras te prevengo.

Vase y cierra el Cosaco.

Cos. Quedo muy bien enterado;
abre ó sino te relevo
y te hago ahorcar? para el diablo
que resistiera precepto
semejante, en él lo mismo
es el decirlo que hacerlo
segun dicen todos; mas

sino me sorprende el sueño....

Ruido de instrumentos militàres que tocan al arma.

pero alguna novedad
muy grave ocurre, pues siento
tocar al arma.

Duncana, Soldados, y Zamosqui que sale precipitado y dichos los primeros versos se dirige al Centinela.

Zam. No sé cómo no me mata
la actividad del despecho
que concibo; ha Centinela?

Cos. Estoy temblando de miedo.

Zam. Por esta puerta ha salido
alguno?

Cos. Señor....

Zam. Di presto.

Cos. El Capitan ha salido....

Zam. Qué dices?

Cos. Por órden vuestro
me ha dicho que conducia
dos mugeres....

Zam. Al momento
salid todos, y seguidlos,
que no pueden estar lejos.

El Centinela abre la puerta, y salen los Soldados, y en tanto dice Duncana.

Dunc. Imposible es que se escapen,
porque los han de hacer presos
en este momento mismo
los soldados, que salieron
ántes, por la puerta grande
del Castillo, aun cuando de estos
se libertasen: ahora *ap.*
imposible es socorrerlos.

Zam. Tú pagarás el descuido *al Centinela.*
ó la traicion.

Cos. Yo no entiendo
cómo he podido enojaros.

Zam. Tal dices, cuando los medios
de huir has proporcionado
á mis enemigos?

Cos. Pero
el Comandante me dijo....

Zam. Qué Comandante? perverso,
no conoces á Ragotz?

Cos. Pues señor, no vino él mesmo?...

Zam. Finge, ignorante, traidor.

Cos. Yo, señor, ha poco tiempo
que os sirvo, y no bien conozco
á Ragotz: ademas de esto,
el que á mí se presentó
me dió la consigna, y cierto
que me la dió bien, señor.

Zam. Desventurados de aquellos
que mis órdenes no cumplen,

Paseándose agitado.

su castigo será horrendo.

Dunc. Si habrán podido alejarse! *ap.*

Sale Ped. Ya están aquí; ya cayeron. *por el puente.*

Dunc. Qué es lo que oigo?

Zam. Relevad
à ese soldado al momento,
y llevadle á un calabozo.

A un Cabo, que lo hace.

Cos. Señor....

Zam. Escusa los ruegos
si no quieres aqui mismo
morir.

Dunc. Cómo pudo Pedro
haber sido.... Peró él llega.

Ped. Señor, aquí me presento
lleno de satisfaccion
por haber sido instrumento
de tu venganza; volvia
de intimar por órden vuestro
y del Capitan Ragotz
á los avanzados puestos
de los montes, que al Castillo
volviéran, cuando á quinientos
pasos de la fortaleza
á los fugitivos veo
que procuraban ganar
del bosque lo mas espeso:
al instante los persigo,
atropellando los riesgos;
ellos el paso aceleran,
pero en vano; porque dieron
con los Cosacos que habian
salido (segun dijeron)
por la puerta principal
del Castillo; en el momento
les apuntan los fusiles;
yo les grito: deteneos,
que es fácil aprisionarlos;
y conseguimos con esto

que Zamosqui satisfaga
su venganza, por el medio
que le parezca mejor:
en virtud de este consejo
que les pareció acertado,
nos repartimos, y luego
rodeándoles, hicimos
vana su fuga: yo espero
que os dareis por bien servido
de mi inclinacion y zelo.

Zam. Y tanto, que una increible *Salen.*
recompensa te prometo.

Ped. Vedlos allá; ya los traen.

Se ven pasar por el puente los Cosacos que traen presos á los tres: Zamosqui se adelanta á verlos, y Pedro se llega á Duncana.

Zam. Cumpliéronse mis deseos!

Ped. Si yo no llego los matan, *Aparte á Duncana.*
y ha sido mejor acuerdo
preservarles, por si acaso
podemos favorecerlos.

Dunc. Eso sí, que ya temblaba
de tu traicion.

Ped. Vive el cielo...

Salen Edubinsqui, Floresca, Angela, y Soldados.

Zam. Imaginabais, traidores,
que yo no tendria medios
bastantes, para romper,
ayudado del esfuerzo
de mis soldados, las rejas,
y cortar vuestros intentos?
Pensabais que los maltratos
de Duncana, cuyo zelo....

Edu. Basta bárbaro: egecuta
tu rigor, que yo contento
moriré por no mirarte
ni oirte.

Zam. Tu atrevimiento
ya es insufrible. *Tira de un puñal, vá á darle, y Floresca se interpone.*

Flor. Zamosqui,
ten compasion, ó primero
dame á mí la muerte.

Zam. Aparta.

Flor. Zamosqui, detente. *A sus pies.*

Zam. Es vano empeño:
esas gracias que hasta ahora
fueron de mis iras freno,
ya solo son incentivos
de mi colérico incendio;
esos brazos que levantas
hácia mí, piedad pidiendo;
esos ojos cuyas luces
ciegan el entendimiento,
y que nunca los fijaste
en mí sino con desprecio,
con desden, y con orgullo:
en fin, todo ese portento
ese compendio de gracias
y hermosura, que otro tiempo
me inspiró amor, solo excita
mi enojo y resentimiento,
y de furor transportado,
delirante, loco, ciego,
seria capaz sin duda
de envilecerme al extremo
de ensangrentarme en ti misma,
sino me quedára el medio
de huir de tí, por huir
de mi oprobio: ven, que quiero *A Duncana.*
darte mis órdenes.

Dunc. Oyes, *A Pedro.*
ten cuidado de los presos. *vanse.*

Ped. Cierra esa puerta, *Al Centinela.*
y vosotros *A los Cosacos.*
retiraos á este puesto.

Los retira bien aparte del Centinela, y demas Soldados.

Flor. Ay Pedro, ay amigo mio,
que infeliz destino el nuestro!

Ped. Como solo una hora tarde
el Palatino en haceros
víctimas de su furor,
la libertad os prometo;
instruido por mi prima
de vuestra idea, lo espeso
del bosque fuí á registrar,
hallé los amigos vuestros,
á quienes despues de haberles
participado el aprieto
en que os hallabais, les dije
que el mas seguro consejo

era el sorprender á todos
los Cosacos, y vistiendo
sus trages, fingiendo ser
tropas del Destacamento
que se debe replegar,
venir á favoreceros.

Sale Dunc. Ola Soldados, al punto
conducid los prisioneros
cada cual á su prision,
porque resuelvo ponerlos
por mí misma en esa torre
y guardar la llave; á efecto
de que para su evasion
nadie pueda socorrerlos.

Edu. Y tengo de consentir....

Dunc. Toda resistencia es yerro;
esto importa. *ap.*
Ea llevadlos. *Los llevan.*

Dunc. Avisaste á los parciales
de Edubinsqui?

Ped. Sí por cierto.

Dunc. Cuándo llegarán aqui?...

Ped. Sobre poco mas ó ménos,
de aquí á media hora.

Dunc. Ya es tarde.

Ped. Ya es tarde? Qué estás diciendo?

Dunc. Que enfurecido Zamosqui
ha llegado á tal extremo,
que en esa torre á los tres
cautelosamente ha puesto,
y me ha pedido la llave,
porque segun considero,
ya de todos desconfia,
y pretende por sí mesmo
egecutar su venganza
al mas mínimo recelo
de algun ataque; no sé
qué partido tomarémos.

Ped. Libertarlos es forzoso
de él, sino les corta el cuello.

Dunc. Pero cómo?

Ped. A todo trance.

Dunc. Yo bien discurria un medio;
pero es muy aventurado...

Ped. Ahora te andas con eso?
morir hoy, ó de aquí á un año
para mí todo es lo mesmo;
el asunto es libertar
á los tres: conque no andemos
en peligros, ni demonios,
dí lo que te ocurre presto.

Dunc. Las ventanas de la torre
tienen candados, yo tengo
las llaves de todos.

Ped. Bravo.

Dunc. Mas cómo se las daremos?

Ped. Cómo? arrimendo una escala.

Dunc. Pero que te han de ver pienso
las Centinelas.

Ped. Lo que es
la del puente, no lo creo,
porque la garita está
de espaldas.

Dunc. Pues yo me ofrezco
á divertir á esta otra.

Ped. Pues todo quedará hecho
en ménos de dos minutos;
dame la llave.

Dunc. Te advierto
que atiendas á todas partes,
que si te ven nos perdemos.

Ped. Está bien. *Encaminándose á la puerta.*

Centin. Adónde vais?

Dunc. No, no teneis que oponeros,
pues por órden de Zamosqui
camina al destacamento
que por instantes se espera.

Abre; sale Pedro: el Centinela cierra, y vuelve á su garita.

Centin. En buena hora.

Dunc. Además de eso
es mi primo, y si quisiera
romper los justos preceptos
del Palatino, á quien tanta
confianza y favor debo,
no se lo consentiria.

Centin. Eso se dá por supuesto;
pero por qué estais aquí
con un frio tan intenso
como el que hace?

Dunc. Zamosqui
me ha encargado que al momento

Se vé ya á Pedro, arrima una escala, y sube por ella mirando á todas partes, y llegando á la reja llama con disimulo. Floresca se asoma, y en tanto Dun-

cana y el Centinela prosiguen.
que llegue la tropa, vaya
á darle aviso, y sospecho
que puede tardar muy poco.

Centin. Que estais muy inquieta observo:
si alguna pena os afige
y en algo serviros puedo,
bien podeis contar conmigo
para cualesquiera empeño.

Dunc. Yo aprecio mucho el favor
que me dispensais... mas cielos
no es Zamosqui el que hacia aquí
se dirige? O Dios! Si Pedro
me entenderá.

Con el posible disimulo, y con un pañuelo hace señas á Pedro; este las advierte: repara que viene Zamosqui, y baja aceleradamente la escalera: pero la reja de la torre queda ya abierta, de modo que desde el teatro se vea sin reja alguna ventana.

Sale Zam. Todavía aquí Duncana?
en su semblante estoy viendo
pintada la turbacion;
Mira con disimulo á la reja.
la reja está abierta, y temo
que alguna traicion...

Dunc. Por mas
que á disimular me esfuerzo,
imposible es no conozca
la alteracion que padezco.

Zam. Duncana, qué haces aquí?
ó me equivoco, ó te encuentro
muy conturbada.

Dunc. Señor,
á la verdad que no tengo
motivo alguno que pueda
conturbarme.

Zam. Así lo creo.

Dunc. Sin duda no ha visto nada. *ap.*

Zam. Supongo que mis preceptos...

Dunc. Ya quedan egecutados.

Zam. Conque ya ha marchado Pedro
donde mandé?

Dunc. Sí señor.

Zam. Duncana, yo te concedo
una confianza entera;
tiembla de dar en tu pecho
acogida á la traicion;
en lo que está padeciendo
Ragotz por no ser leal,
puedes aprender á serlo:
piensa que si me empeñases,
no sé hasta dónde el extremo
de mi venganza llegara,
porque no habria tormento
que pudiese apaciguar
la cólera de mi pecho.

Dunc. No teneis necesidad
de presentarme el espejo
del castigo de un traidor,
para vivir satisfecho
de mi zelo y lealtad,
y gustosa me someto
á todo vuestro furor,
si llegais á convenceros
y convencerme de infiel.

Zam. Pérfida! ahora veremos
cómo sale del apuro: *ap.*
Duncana, entrégame luego
las llaves de los candados
de las rejas....

Dunc. Dios eterno! *ap.*

Zam. Pues están en tu poder
con otras muchas, y quiero
guardarlas yo mismo.

Dunc. Qué *ap.*
le diré?.... Yo no acierto
á hablar.... Voy, señor, al punto
á traerlas; pues las tengo
en mi cuarto. *En acto de irse.*

Zam. No, no vayas
que es inútil: ¿no estás viendo
que está abierta la ventana
de la torre?

Dunc. No hay remedio. *ap.*

Zam. Pues cómo ha de estar la llave
en tu cuarto? es este el zelo
que ponderabas, infame?
todo lo sé: tus intentos
no me son desconocidos.

Dunc. Señor....

Zam. Ahora penetro
la inocencia de Ragotz,
y que obrabas de concierto
con mis enemigos, dando

disposiciones, y medios
para su evasion: muger
artificiosa, el momento
de la venganza ha llegado,
tú bajarás á los senos
de las hórridas moradas
donde Ragotz está preso,
Ragotz, cuya vigilancia
se oponia á tus deseos;
pero yo sabré premiar
su valor, y al mismo tiempo
hacerte á tí padecer.

El Centinela del puente dá el quién vive: *El Comandante del destacamento se acerca á su oido, hace como que le dice la seña &c. el Centinela abre luego la barrera, ó cerradura del puente, y el destacamento va desfilando.*

Centinela. Quién vive?
Zam. Pero qué es esto?
la tropa vá desfilando:
este es el destacamento
que esperaba, y llega á buena
ocasion.
Dunc. Si serán estos *ap.*
los amigos y parciales
de Edubinsqui? *Zam.* Yo recelo
vil muger, que á la cautela
de tu seductor talento
hasta cuantos me rodean
haya extendido su imperio:
tal vez estoy circundado
de enemigos encubiertos;
mas yo haré que todos cuantos
hoy están la guardia haciendo
al castillo, no me puedan
ofender: todos los puestos

Por la puerta donde está el Centinela van entrando los soldados precedidos de Polasqui que los capitanea, y se forman en batalla en el fondo del teatro.

entregaré á estos soldados,
que de tus traiciones lejos,
participar no han podido
tus criminosos deseos;
no tendrás tiempo bastante
para ganarlos, y hacerlos
cómplices de tus maldades,
y el suplicio que decreto
contra mi rival, al punto
ha de tener cumplimiento:
soldados, que mis banderas
seguís, me jurais de nuevo
fidelidad inviolable,
y que los deberes vuestros
cumplireis?
Polasqui y los suyos. Sí lo juramos.
Aparte á Polasqui.
Zam. Haced relevar los puestos;
y á la cabeza del puente
enviareis los mas selectos
soldados, porque así
nunca puedan sorprendernos.
los enemigos, que aunque
imposible considero
que hasta aquí puedan llegar
sin saberlo yo primero,
porque partidas volantes
al campo enviar pretendo;
con todo, la prevencion
nunca está demás; veremos *á Dunc.* (*cant.*
si ahora puedes lograr
tus cautelosos intentos:
soldados, esta muger
á vuestra guarda encomiendo,
no consintais se separe
de este sitio, porque quiero
que la egecucion presencie
de mi rival:
Polasqui manifiesta que vá á obedecer.
á traerlo
vamos al punto, y acaben
de una vez tantos recelos.
Vase con algunos soldados.
Dunc. Víctima de gratitud
voy á morir; solo siento
no haber podido librar
los hijos de un padre, lleno
de bondad, que en mi familia
dejó el agradecimiento
vinculado con tan grandes
beneficios; yo no debo
á Zamosqui lealtad;
no es mi señor; si me veo
en su poder, es acaso

y no eleccion: valor tengo,
me sobra esfuerzo sin duda
para morir, y el consuelo
único que yo podia
tener, sería que Pedro
huyese de este tirano,
porque no acabara el resto
de una familia infeliz
pero virtuosa.

Durante este razonamiento se oye como á lo lejos una marcha militar, durante la cual Polasqui hace relevar las Centinelas, y envia ocho hombres al puente, á cuyos extremos se colocan; y hecho esto se acerca misteriosamente à Duncana.

Dunc. Qué es esto? *dudosa.*
Polas. Vuestro nombre?
Dunc. El nombre mio? *con dulzura.*
Polas. Que me lo digais os ruego,
porque importa.
Dunc. Qué aventuro?
Duncana: y el nombre vuestro?
Polas. Polasqui.
Dunc. Conque sereis?....
Polas. Noble Polaco.
Dunc. O consuelo! *(veza.*
ó esperanza!... y los Cosacos? *Con vi-*
Polas. Todos sorprendidos fueron,
degollados, y sus trages...
Dunc. Son los que vestí? no es esto?
Polas. No hay duda; pero callad,
que importa mucho al suceso.
Dunc. Y Edubinsqui?
Polas. Será libre.
Dunc. Y Zamosqui?
Polas. Será muerto.
Dunc. O providencia!
Polas. Callad,
que vienen.

Salen Zamosqui, y Edubinsqui atadas las manos. Ragotz, Soldados, y luego Floresca.

Zam. Otra vez vuelvo
á decirte que perdones,
Ragotz, mi atropellamiento,
que mi liberalidad
sabrá darte el justo premio:
y ahora llégate al puente
á donde darás de nuevo
la seña, y la contraseña
que he mandado.
Rag. Yo obedezco.

Ragotz se vá al puente, hace que dá á un Cabo la seña, y queda colocado en medio.

Flor. Qué esto miro?... Esposo mio!
Ahora sale presurosa.
adónde vas?... Santos cielos!
Señor, ¿tendriais valor,
sería tal el extremo
de crueldad, que á mis ojos
hicieseis morir al dueño
de mi vida? si la mia
puede ser el justo premio
de la suya....
Zam. No te canses;
te dije que era violento
en el amor, y en el odio;
verás á tu esposo muerto,
y pudiera ser que entónces
fuesen tus desdenes ménos.
Flor. Monstruo infernal, si pudiera
decirte yo en algun tiempo
que te amaba, no seria
sino astuto fingimiento
para tener ocasion
de poder morir, bebiendo
tu negra, tu aleve sangre,
que es mortífero veneno,
pues víboras ponzoñosas
solo criarte pudieron.
Zam. Apartad esa muger. *Lo hacen.*
Flor. ¡Ni aun el abrazo postrero
podré darte, esposo mio!
Dunc. No sé cómo me detengo,
y a consolarla no voy.
Zam. Bendad á ese hombre al momento
los ojos. *Se resiste Edubinsqui.*
Edu. El varon justo
y fuerte, no tiene miedo
á la muerte, aunque la mire
llegar con el mas horrendo
aparato.

Duncana y Floresca estan guardadas por Soldados, la última inclinada sobre el hombro de uno de ellos, como agoviada de dolor. Los Soldado

egecutores están algo adelantados; Edubinsqui y Zamosqui se colocan del modo que sea mas conveniente, y en la accion forman un cuadro agradable.

Zam. Vamos, alárde
de constancia sin provecho;
acabad con él, Soldados.

Polas. De esta suerte obedecemos.

A una seña de Polasqui, todos apuntan á Zamosqui; los del Puente hacen lo mismo con Ragotz, de modo que queda en medio de dos fuegos, formando un cuadro general.

Zam. Qué es esto? Qué haceis, Soldados?

Polas. Su deber.

Edu. Sagrados cielos! Polasqui!

Polas. Sí; el mismo soy.

Zam. ¿Por qué no se abre el infierno
y me sume en sus entrañas?

Aqui se hace un cuadro tambien general, porque Duncana corre á abrazar á Floresca que se halla atónita. Edubinsqui desatado, corre á abrazar á Polasqui, y luego á Floresca, y al mismo tiempo sale Pedro con Angela, y poniéndola en poder de su madre, enarbola una hacha de armas que trae, amenazando la cabeza de Zamosqui: entre tanto atan á Ragotz.

Ped. Para enviarte allí, espero
solo una seña, y verás
que te despacho bien presto.

Dunc. Señora!... *Edu.* Amigo!...

Flor. Hija, Esposo!

Zam. Estos dulces sentimientos
son para mí mas horribles
que la muerte que deseo;
descarga el golpe, la vida
me es insoportable peso.

Edu. Imitando tu fiereza *A Zamosqui.*
pudiera matarte; pero
quiero ser clemente. *Zam.* Yo
por mayor tormento tengo
el deberte un beneficio,
que el morir mil veces. *Edu.* Eso
es efecto de furor,
yo te perdono. *Zam.* No quiero
que me perdones. *Polas.* Ni yo
su perdon consentir puedo;
porque es un crímen atroz
la piedad con los perversos,
la Polonia entera pide
su suplicio....

Zam. Y yo tambien lo pido.

Polas. El mejor acuerdo
será llevarle á Cracobia,
en donde lo entregaremos
al gran Duque, que desea
su castigo, y á este efecto
me dió socorro.

Edu. En buena hora: *Lo atan.*
aprisionadlo, y el fiero
Ragotz, de la misma suerte,
puesto que fué tan perverso,
partícipe; tú Duncana,
y tú, generoso Pedro,
recibidme en vuestros brazos,
y venid, á donde el premio
debido á tantas finezas
recibais. *Flor.* Nunca podremos
desempeñar deuda tanta.

Dunc. La libertad en que os veo,
es lo que yo mas estimo,
y el premio mayor.

Ped. Y Pedro
dice lo mismo.

Edu. Hija, Esposa,
Polasqui, amigos, no puedo
mostraros mi gratitud
al compás de mis deseos;
pero nunca olvidaré
de que debí al favor vuestro
la vida, y la libertad
que disfruto: el santo Cielo
de vuestras nobles virtudes
corone el merecimiento.

FIN.

VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIE. AÑO 1818.